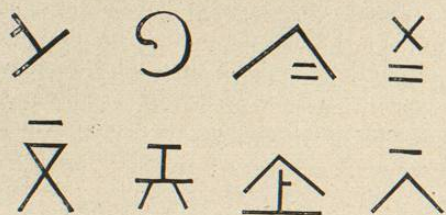


dueño á un hombre determinado. Muchos signos que apenas pueden reconocerse por el carácter ornamental que han tomado, proceden quizás de estos signos de propiedad, ó quizás han servido para expresar un objeto ó una idea, como el pié colocado en una dirección ó la mano señalando indican un camino. Estos signos alcanzan ya un lí-



Signos de propiedad de los Ainos (según Siebold)

mite desde el cual, convenientemente combinados, pueden pasar á un grado superior de desenvolvimiento. La «inscripción india de imágenes» — que reproducimos y que contiene el «canto Wabino del Odschidwa indio» — nos da una idea del modo cómo con medios sencillos, de significación determinada, no sólo puede expresarse una idea, si que también toda una serie de conceptos. Entre pueblos de distintas razas y de diverso grado de cultura, encontramos con suma frecuencia análogas escrituras de imágenes, de las cuales han salido todas las otras escrituras más perfeccionadas. Esta procedencia se echa de ver todavía en la escritura jeroglífica de los mejicanos y de los egipcios, al paso que de ella no queda rastro alguno en la escritura china. Tales huellas pueden en todas partes reconocerse, y aun en la misma escritura cuneiforme encontramos cierta armonía con la de imágenes de que deriva. En la escritura jeroglífica egipcia, un buey, una estrella, designan los respectivos objetos, pero también expresan, aun en inscripciones que datan de 3,000 años antes de Jesucristo, sonidos determinados, haciendo por lo tanto las veces de signos fonéticos. De igual suerte, encontramos mezclados en los

jeroglíficos mejicanos los signos que expresan cosas y los que expresan sonidos. Un idioma monosilábico como el chino, que con una misma sílaba expresa diferentes palabras, hace uso de signos-cosas, apenas reconocibles, para determinar más concretamente el significado de los signos-sílabas fonéticos. En cambio los japoneses, para su idioma polisilábico, más accesible á la escritura fonética, forman una escritura de esta clase con las mismas letras chinas. De una manera más marcada hicieron esto mismo los fenicios desechando los signos-cosas superfluos de los egipcios y adoptando únicamente los jeroglíficos necesarios para escribir los sonidos. Los nombres de las letras fenicias se encuentran entre los griegos y pasaron á los alfabetos de Occidente, de suerte que aun hoy en día puede encontrarse el origen de muchas letras del alfabeto latino y alemán en las imágenes de la escritura jeroglífica. La difusión universal de ésta no se ha realizado, empero, sin una modificación constante de su riqueza de signos. Al pasar de los fenicios á los griegos, se corrigió la escasez primitiva de vocales; además, mientras los griegos perdieron, en el curso del desenvolvimiento del lenguaje y de la escritura, la llamada *digamma* (F), los pueblos septentrionales del Oeste añadieron á las letras latinas la W, y los prosélitos de los misioneros greco-católicos formaron un alfabeto propio, bastarda derivación del griego. De esta suerte, y de los variados comienzos de la escritura de imágenes, nació, en una sola parte del globo, uno de los más preciosos instrumentos del pensamiento humano, la escritura de letras, la más flexible, la más apropiable á todos los idiomas, la que, al desenvolverse en la telegrafía y en la estenografía, reúne todas las posibilidades para expresar de un modo completo y adecuado la totalidad de los pensamientos. Con ella, la humanidad ha dado un paso importantísimo en la senda de su desenvolvimiento, pues la escritura, fortaleciendo y asegurando la tradición, fortalece y asegura la civilización misma, en cuya esencia hemos visto que era germen vital y, por decirlo así, animado, la conexión de las generaciones, fundada en la tradición.

LA RELIGIÓN

Dificultad que ofrece esta materia. — ¿Tienen religión los pueblos naturales? — Las ideas religiosas de éstos ¿son restos de esferas de ideas más elevadas ó gérmenes de ulteriores desenvolvimientos? — Leyendas Hades de Hawai. — El origen de toda religión es la investigación de las causas primeras. — Fenómenos que incitan á esta investigación: grandes fenómenos de la naturaleza. — Supersticiones de animales. — Más poderosa influencia que los fenómenos de la naturaleza ejercen las enfermedades, el sueño y la muerte. — Omnianimación. — Fetiches. — Ídolos. — Templos. — Sistemas de enterramientos. — La idea de la supervivencia. — La moral en la religión. — Clasificación y difusión de las religiones. — Las misiones.

Varias son las causas que dificultan el estudio de la vida y de las ideas religiosas de los pueblos naturales. Estos, como se comprenderá, solamente suministran datos incompletos acerca de sus ideas respecto del Ser Supremo y aun únicamente los dan muy á la fuerza ó con el propósito de engañar al curioso. También se comprende que muchas veces no puedan facilitar estas noticias, porque ni ellos mismos se explican muy claramente las ideas que tocante á religión tienen. Merensky refiere una contestación, desde este punto de vista muy significativa, que obtuvo de unos basutos cristianos á quienes preguntó qué idea se habían formado de Dios cuando todavía eran paganos. «Nada ha-

bíamos pensado de Dios, — le contestaron; — pero habíamos soñado en él.» Puede afirmarse que los pueblos naturales carecen de aquellas ideas claras que poseen los cristianos, los judíos y los musulmanes, pues la vida intelectual de aquéllos no sólo es vaga como un sueño, inconsecuente é incoherente, sino que además carece de la progresiva transmisión de ideas de una generación á otra, que es lo que establece una conexión orgánica entre los pensamientos del mundo antiguo y del contemporáneo. Las ideas religiosas que se han conservado en muchos pueblos, sólo son conocidas por los más ancianos, que las conservan con sumo cuidado; y aun en los puntos en que así no sucede,

domina casi siempre cierta repugnancia á divulgar los secretos religiosos. Todo lo más que en tales pueblos puede encontrarse son ruinas ó fragmentos.

Por esto hay que tener mucho cuidado en formarse un concepto demasiado mezquino de las creencias y opiniones religiosas de los pueblos naturales, pues hay que tener siempre en cuenta que todos los impulsos y esfuerzos intelectuales que no se encaminan directamente á los fines prácticos de la vida, tienen cabida en esa esfera religiosa; que la religión abarca, en aquellos pueblos, la filosofía, la ciencia y la poesía, y que, dadas estas circunstancias, queda mucho por suponer y por investigar en este terreno. Pero aun limitándonos á lo estrictamente religioso, no puede

partirse del punto de vista de que todo cuanto existe en el fondo ha de aparecer en la superficie. Esta preocupación puede dar origen á los más inexactos juicios, plagados interiormente de contradicciones. Un gran conocedor de los hotentotes namaquás (el misionero Tindall) ha dicho lo siguiente: «En punto á religión, sus espíritus parecen una página en blanco,» lo cual hemos de interpretar en el sentido de que no tenían la menor idea de cosas religiosas. Esta opinión, sin embargo, encerraría una equivocación grandísima, pues si bien en el alma del namaquí no puede leerse claramente nada que indique una idea religiosa netamente comprendida por él, no faltan varios indicios que pueden considerarse como restos borrados de nociones claras. El



Un fetiche de objeto desconocido (quizás para ahuyentar el rayo) en Lunda (según Max-Buchner)

autor citado circunscribe más su opinión cuando añade. «El hecho de que su idioma contenga expresiones para las ideas Dios, espíritus y aun diablo, parece indicar que no están completamente ignorantes de todas estas cosas, á pesar de que ni en las demás expresiones del lenguaje, ni en las ceremonias, ni en las supersticiones, se encuentra nada que demuestre algo más que una idea rudimentaria de un mundo espiritual. Yo creo que las historias supersticiosas que los viajeros han escuchado de sus labios y mirado como recuerdos religiosos, son consideradas por los mismos indígenas como fábulas que ó bien se narran por puro pasatiempo, ó sirven para explicar las costumbres y las cualidades de los animales fieros, teniendo, por ende, más fuerza como cosa de hechicería que como religión.» Se ha hecho notar, y con razón, que el que así se expresa tiene un concepto individual algo estrecho de la idea religiosa, y en efecto aun cuando estos usos y estas leyendas no constituyan una religión propiamente dicha, son elementos con los cuales, mediante un desarrollo progresivo, llega á formarse el cristal de la fe depurada. En el curso de nuestras observaciones, habremos de preguntarnos con frecuencia: ¿hay que ver en estos usos, ideas y leyendas la religión? Para proceder con justicia formularemos siempre á continuación de ésta la contra pregunta siguiente: la religión ¿debe ser únicamente entendida como noción perfecta, ó es, por el contrario, más verdadero y más justo el concepto de que es

preciso considerar como elementos de la religión todos aquellos sentimientos é ideas del hombre que, saliéndose de la esfera de las cosas de la vida ordinaria y de la existencia corporal, se elevan hasta las causas desconocidas? Si aceptamos esta última teoría, pocas veces encontraremos entre los pueblos naturales la religión concebida en tan estrecho sentido, pero en cambio no analizaremos ningún tipo popular sin descubrir estas últimas fibras de la idea religiosa. Por convicción científica hemos de asentir incondicionalmente á la opinión que, partiendo del sentimiento religioso, se opone á este esfuerzo hacia abajo: «La falta completa de religión, el verdadero ateísmo, es siempre resultado de una civilización elevada que va minándose y materializándose, nunca consecuencia de una ruda cultura primitiva: en ésta se encuentra, aun en el estado de mayor depravación, la necesidad religiosa que corresponde á una facultad religiosa, por incompleta y confusa que ésta sea.» (V. de Strauss.)

La etnografía no conoce ningún pueblo ateo, sino desenvolvimientos más ó menos elevados de ideas religiosas, ideas que en unos aparecen como gérmenes, ó por mejor decir pequeñas é invisibles como en estado de crisálida; al paso que en otros se han desarrollado espléndidamente, dando origen á abundantes mitos y leyendas. El ejemplo de lo que acontece con los idiomas debe hacernos muy precavidos. En las imperfecciones no hemos de ver desde luego la prueba de estados primitivos, y menos cuando se tra-

ta de materias religiosas. En presencia de las debilitaciones — que en este terreno llegan á lo infinito — de grandes ideas religiosas (recordemos solamente la religión abisinia, ó el cristianismo de Santo Tomás, ó el budhismo de los mogoles), ¿no cabe ver aun en el culto fetiche de los negros y en las supersticiones de los hotentotes simples retrocesos de más elevadas creencias? La fuerza de propagación de las ideas religiosas es tan grande como la seguridad de que han de debilitarse allí donde, aisladas, desligadas de la conexión orgánica con una gran mitología viva ó con un conjunto de doctrinas altamente espirituales, sean lanzadas al desierto de la vida materialista de los pueblos naturales. En la actualidad, todavía se encuentran en los mitos indios y polinesios fragmentos corrompidos de ideas cristianas: si no suspiráramos la historia de su transplantación, servirían de prueba á los partidarios de la teoría evolucionista para demostrar que constituyen los gérmenes del cristianismo que tan magnífico desarrollo ha adquirido entre nosotros. Las poesías populares de los pueblos naturales, con tanto cariño y tanta perseverancia coleccionadas en los últimos 20 años, permiten, en muchos puntos, sospechar que accidentalmente fué á caer en aquel suelo alguna rama de cuentos, fábulas, etc., europeos que, gracias á la fuerza reproductora de estas creaciones de la fantasía, pudo prosperar en tierra extraña. Max Müller, en su prólogo á la obra de Callaways *Nursery tales of the Zulus* (1866), ha expresado un profundo pensamiento, haciendo constar que estos cuentos, lo mismo que los nuestros — por lo menos en cuanto tratan de espíritus, de hadas y de gigantes — indican una remota civilización ó cuando menos un largo y duradero proceso de crecimiento. «De la misma manera que las anomalías del lenguaje, indican esos cuentos, por su manera especial de ser, que ha habido tiempo suficiente para que se consolidaran estas creaciones transmitidas por la tradición, y que hubo una época en la cual lo que hoy carece de regla y de sentido se formó regularmente y con un objeto determinado.»

Esta opinión viene en apoyo de la que antes hemos sentido al concebir la vida intelectual de los pueblos naturales, más bien como consecuencia de un debilitamiento ó de un retroceso, que como tendencia á su desarrollo. Nos atrevemos á afirmar que en las esferas religiosas de los pueblos africanos y australianos más apartados, se encontrarían huellas de tradiciones indias ó egipcias, de la misma manera que con esperanzas de éxito pueden buscarse éstas en las demás ramas de la civilización. Los elementos indios que existen en las creencias malayas, constituyen actualmente uno de los hechos más perfectamente demostrados, y quizás se extienden hasta Hawaii.

Tampoco en esta esfera, lo imperfecto de la expresión, la poca aptitud para expresar con palabras un pensamiento, deben ser aceptadas como medida de lo profundo de la idea. El mismo concepto de una cosa sobrenatural estará mejor expresada en los pergaminos escritos de un poeta griego que en la tradición verbal de un sacerdote ó de un mago polinesio ó africano. Si en el tartamudeo del hombre natural buscamos los principios más inteligibles, nos formaremos una imagen que, en su esencia, no desmerecerá mucho de la que veamos embellecida con todas las galas poéticas. Tomemos, por ejemplo, la leyenda Hades de Hawaii, que puede ser comparada con otras leyendas análogas griegas: un caudillo que estaba profundamente apesadumbrado por la muerte de su esposa, consiguió con sus ruegos, de su sacerdote el Kane-i-Kon-alii (dios de los caudillos) que le sirviera de guía en el imperio de Milu. Ambos viajaron hasta el fin de la tierra, en donde encontraron un árbol que se rajó, y por esta hendidura penetraron los dos en lo pro-

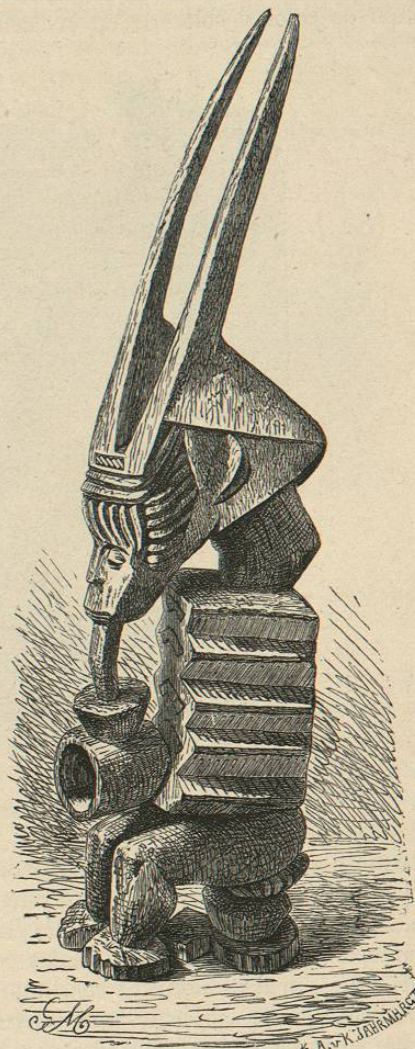
fundo: allí se ocultó el dios detrás de una roca y dejó que se adelantara solo el caudillo, á quien antes había untado con un aceite hediondo. Llegado al palacio de Milu, encontró el patio lleno de akúas (espíritus), los cuales estaban tan entretenidos en sus juegos, que pudo confundirse con ellos sin ser notado. Cuando lo vieron, le creyeron un alma (uhane) recién llegada y se burlaron de él como akúa-pilan (espíritu hundido) á causa de su permanencia demasiado larga entre los cuerpos corrompidos. Cuando, después de haber jugado á toda clase de juegos, se pensó en jugar á alguno nuevo, propuso el caudillo que todos se arrancaran los ojos y formaran con ellos un montón: todos se apresuraron á hacerlo, pero el caudillo observó dónde caían los de Milu y, apoderándose rápidamente de ellos, los escondió en su taza de coco. Habiéndose quedado todos ciegos, consiguió llegar al reino de Makea, á donde las hordas de Milu no podían llegar. Después de largas negociaciones con el caudillo, á quien Makea había tomado bajo su protección, obtuvo Milu sus ojos, á condición de que pusiera en libertad el alma de la esposa de aquél, que volvió á la tierra y fué nuevamente unida á su cuerpo.

La religión está íntimamente unida con la imperiosa necesidad que siente el hombre de buscar, para cada suceso una causa ó un autor; de suerte que sus más hondas raíces están en contacto con las de la ciencia. Esta necesidad se satisface muy propiamente con la tendencia á humanizar, hasta cierto punto, todos los fenómenos de la naturaleza, es decir, á atribuir á los mismos un alma que dirige primero sus propios movimientos y modificaciones y luego sus relaciones con las cosas que más de cerca ó más de lejos les rodean. Los dajakes creen que las plantas tienen alma como los hombres: cuando una planta enferma, es que el alma se ha separado temporalmente de ella: cuando el arroz se pudre, es que el alma ha desaparecido para siempre. Una aplicación equivocada de la ley de las causas y de los efectos, hace que se admitan relaciones entre estas almas y las de los hombres, relaciones que acaban por envolver á éstas en una espesa red de hilos de causalidades. Con frecuencia se refiere la historia del caudillo de los Kosas, que murió poco después de haber mandado romper un trozo de ánora que había ido á parar á la playa; á partir de aquel entonces, esta ánora infundió respeto á los Kosas. De esta suerte se enlazan mil hilos diversos, ninguno de los cuales se pierde del todo, y envuelto en esta red de la tradición, el cándido hijo de la naturaleza forcejea como la mosca en la telaraña, y más se enreda cuanto más procura encontrar el verdadero hilo. De aquí el miedo á los fantasmas que su imaginación se forja, lo cual es uno de los signos más característicos del hombre natural y el que más predomina en sus actos. El hombre natural tiene más miedo á la noche que un niño mal criado, y siente horror á caminar de noche, aun en aquellos pueblos en que el continuo trato le ha librado de ciertas preocupaciones. Felkin escribe acerca del alto Nilo: «Los indígenas no quieren andar de noche por temor á las fieras y á la maléfica influencia de la luna. Durante la mitad del año tampoco están, ni aun durante el día, completamente tranquilos, y convencidos de que viven continuamente amenazados por poderes invisibles, procuran en cierto modo asegurarse multiplicando hasta lo absurdo la idea de los días nefastos que tanto se ha propagado entre la humanidad. Para ellos únicamente son buenos días para viajar el lunes, el jueves y el sábado: el miércoles no es día bueno ni malo, pero el domingo, el martes y el viernes son días nefastos. Cuando el viaje no es absolutamente necesario, se las arreglan de modo que puedan someterse á su preocu-

pación y, cuando menos, no emprenden la marcha hasta después de haber rezado sus oraciones del mediodía.» En estas supersticiones viene casi inevitablemente comprendida la que inspiran los hombres blancos, como cosa desusada y nueva, y algunos tristes episodios que contiene la historia del descubrimiento de la parte de la tierra poco conocida todavía, se explican por esta causa que es muy natural en el espíritu del negro, preñado de fantasmas. Gráficamente describe Livingstone en sus «Viajes de misión» el miedo que él inspiró á los negros, por ser el primer blanco que llegaba á su país: «La vista de un hombre blanco infunde siempre terror en sus negros pechos y siempre se consideraban libres de un gran peso cuando yo me ausentaba, por dicha suya, sin haber descargado mis golpes sobre ellos. Las mujeres me atisbaban ocultas detrás de las paredes hasta que yo me aproximaba, y entonces se escondían precipitadamente en sus chozas. Cuando algún chiquillo, inconsciente del peligro, me encontraba por el camino, poníase á gritar desaforadamente.» A pesar de esto, las cosas que el hombre blanco posee ó utiliza, son elevadas á la categoría de objetos milagrosos, de fetiches; así por ejemplo, los africanos occidentales consideran como tal un papel escrito, que viene á ser para ellos una verdadera obra de brujería, jeroglífico de hechizos. En cierta ocasión en que Buchholz vendaba á un herido de gravedad, cayóle, sin que lo notara, del bolsillo un pedacito de papel, y cuando más tarde quiso visitar al enfermo, le encontró fuera, pues la choza estaba hechizada, siéndole solemnemente devuelto aquel pedazo de papel. El día del entierro de una mujer de Mapania, en el territorio de Bakhwiri, un mensajero enviado por los negros suplicó al propio viajero que en sus paseos no tirara trozos de papel, pues de lo contrario se verían obligados á no pasar por tales caminos y lugares. Chapman nos ha descrito perfectamente los efectos que este miedo á la inseguridad produce en la región del Ngami. Cuando, durante el malsano período del verano rigoroso (noviembre), visitó la ciudad de Letschulatebe, la mortalidad causada por las fiebres era excesiva, y el caudillo estaba aterrorizado y alarmado por lo que, en su lenguaje, llamaba «muerte que se dirige á todos lados.» Este personaje no salía casi nunca de su choza, hacía que sus mujeres y sus hijos se lavasen con frecuencia y tenía constantemente ocupados á sus doctores, haciéndoles de continuo rociar los umbrales de su puerta con varias cocciones de hierbas. Los parientes de los que fallecían eran sometidos á largos procedimientos de purificación antes de que les fuera permitido volver á alternar con los demás. Letschulatebe demostraba, con el menor pretexto, su miedo cervical, maldiciendo, por ejemplo, y arrojando de su casa, junto con el cadáver, á las mujeres lloronas que, cuando la muerte de su esclava favorita, creyeron complacerle dando aullidos.

Pero ¿de dónde toman estos pueblos las almas de que tan pródigamente dotan á la naturaleza? Esta pregunta nos lleva á la más profunda y poderosa fuente de la fe, de la cual salen incesantemente millones de almas, de espíritus y de fantasmas. Si, hablando en tesis general, nos preguntamos ¿cuáles impresiones serán más duraderas en el hombre fácilmente impresionable pero al propio tiempo dotado de poca cohesión y persistencia en sus impresiones y en sus ideas? la contestación será: aquellas que en sí mismas ó en sus más inmediatas relaciones, provocan la modificación más radical: tales son la enfermedad y la muerte, y aun el hambre y la sed, que como afecciones corporales y en cierto modo como enfermedades, pueden figurar al lado de las dos primeras. Estas últimas se reproducen con

frecuencia y no dejan de encontrarse hasta en los pueblos mejor dotados por la naturaleza, al paso que aquéllas dejan las más profundas huellas y los más sensibles vacíos. De suerte que no es el miedo á la naturaleza lo que se nos presenta como primer fundamento de la superstición, sino el miedo á la muerte y á los muertos. La misión de los chamanes, médicos, koradschi ó como quiera que se llamen esos magos, consiste, en primer lugar, en investigar las causas de la muerte y de las enfermedades, y en segundo, en ponerse en relaciones con los espíritus de los difuntos, que inspiran siempre terror á sus parientes.



Un ídolo de madera, del Níger (Museo de la Church Missionary Society de Londres). $\frac{1}{3}$ del tamaño verdadero.

De esto deriva directamente la fe en los fetiches que, por los caminos más extraviados, establecen relaciones entre las innumerables almas y todas las cosas imaginables en las cuales éstas se fijan; lo cual prueba evidentemente que no son los caminos rectos desde los objetos de la naturaleza exterior hasta el alma del hombre, que por aquella se siente exaltada, los que constituyen las líneas fundamentales del primitivo sistema religioso, pues en vano se buscaría una relación directa entre las doctrinas de éste y la magnitud y eficacia de los tales objetos; sino que más bien es la fantasía la que busca con temor, en todo cuanto le rodea, un apoyo cualquiera, y con todas las extravagancias propias de la expresión del miedo, se aferra á objetos diversos que, las más de las veces, son altamente indignos de ese objeto á que se les destina. ¿Por qué los negros de toda el África emplean con preferencia los cuernos, con